sobre Cuestiones Nacionales y Coloniales adoptadas por el Segundo Congreso de la Internacional Comunista un año más tarde.

Habiendo declarado su filiación a la Internacional Comunista, la conferencia inaugural del Partido Comunista de México naturalmente resolvió enviar una delegación al Segundo Congreso Mundial a reunirse en Moscú. La composición de esta delegación no fue anunciada públicamente. Nadie podía viajar legalmente a Rusia por entonces. Pero con la aprobación de los líderes máximos del Ejecutivo del Partido, Borodin venía insistiendo en que fuera yo quien encabezara la delegación. En consecuencia, y por previo acuerdo, se aceptó provisionalmente mi solicitud de imposibilidad de continuar como Secretario General del Partido Comunista, y se eligió un Secretario General Suplente en el entendimiento tácito de que yo seguiría *de facto* detentando ese puesto hasta que en verdad abandonase el país, en el ínterin, capacitaría a mi sucesor. Durante varios días y después de la conferencia, Borodin se sentó frente a su máquina de escribir a puertas cerradas. Le hice impacientes preguntas acerca de su misterioso trabajo literario. La respuesta fue que estaba escribiendo la historia que yo acababa de realizar. El día en que envió su informe a Moscú, me invitó a una copa por la noche. Pero tenía un tono demasiado serio para la ocasión. El motivo de la aparente incongruencia se dio cuando espetó que debía retornar pronto a Europa, y yo seguirlo. Esas eran las últimas instrucciones recibidas de Moscú unas semanas antes de la conferencia del partido. ¿Por qué entonces me tuvo tanto tiempo sospechando? De todos modos, por los motivos explicados, yo no iba a ir. Se rio: "los bolcheviques no discuten, obedecen con disciplina". Inmediatamente, reincidiendo en la seriedad, agregó: "No se olvide de su propio país. Moscú está en la ruta". Una visión enteramente nueva resplandeció en mi mente. Era la de un nuevo capítulo en mi vida.